

27 FEB 2006 fecha:

EL MUNDO



Representación de 'Coda', de Théâtre du Radeau, en el Teatro Central / F. RUSSO

TEATRO / Théâtre du Radeau

El rapto de lo inefable

Coda

Estreno absoluto en España. Una coproducción de Théâtre du Radeau, Le Mans Théâtre National de Bretagne, Rennes Odeon-Théâtre de l'Europa, Paris Festival d'Automne. Puesta en escena, escenografía y luces: François Tanguy. Creación Sonora: François Tanguy y Mathieu Oriol. Intérpretes: Jessica Batut, Frode Bjornstad, Laurence Chable, Dominique Collignon-Maurin, Emilie Couratier, Dietrich Garbrecht y Boris Sirdey. Lugar: Teatro Central, lleno. Fecha: 24 y 25 de febrero de 2006. Calificación: ★★★

JUAN MARIA RODRIGUEZ SEVILLA.— Basculando entre la indiferencia y la fascinación, la abulia y la convulsión, el agotamiento y la entrega, la ajenidad y el rapto, el espectador contempla *Coda*, el estreno absoluto en España del último espectáculo del gurú de la vanguardia escénica europea François Tanguy, como una sucesión de estampas inconexas, una cadena de explosiones escénicas abortadas y, de nuevo, reanudadas que, misteriosamente, van prendiendo en la retina del espectador como sucesivos cataclismos que, de algún modo que no comprendemos pero que al salir casi todo el mundo comparte unánimemente, activan emociones tan diversas y contradictorias como muy profundas e interiores.

¿Teatro? *Coda* es, más bien, una catarsis, lo que pudiera haber quedado de Beckett si Beckett hubiera «perdido las palabras», según la cita clarividente de François Collin: una especie de puñetazo en el estómago que tiene algo de religioso, creo, en el sentido más esencial y más primario, pues de algún modo esos actores

que no actúan —alguno, ni siquiera lo fue nunca antes de esto y otros, como la veterana colaboradora de Tanguy, son excepcionales— bailan abrazados abandonándose como derviches, puján violentamente entre sí o dicen esos textos inconexos de Kafka, Artaud o Carlo Emilio Gadda como iconos o figuras —a menudo, sólo relieves silueteados en negro contra un fondo en penumbra— que nombran lo inefable, lo inaprensible, aquél «más allá» intangible que sólo el don de un actor puede convocar sobre una escena.

El hecho de que digan los parlamentos en francés sin subtítular parece un elemento determinante e induce a explicar la confusión en ese error de puesta en escena. No es cierto: los textos no aclaran nada, no se relacionan entre sí, no explican lo que, sobre la escena, ni siquiera ocurre. No son textos, son «verbos»: maneras de estar y de decir que la música, sobre todo los fragmentos de ópera manipulados que Tanguy introduce, elevan, dan aire, imprimen de furia y de emoción, de ese fluido sanguíneo de la ópera, a la inacción de la escena.

En fin, la clase de triple salto mortal escénico que exige del espectador mucho desprejuicio y una cierta limpieza de mirada. Parece teatro intelectual, un teatro destinado a la elite entrenada, pero es justamente todo lo contrario: un alegato, *delirium tremens* o sueño puro y sin códigos. Claro que, como no se puede explicar, su éxito o fracaso depende de la carga de emoción y complicidad, de las ganas de volar y dejarse arrebatar que ponga cada cual. Como en el misterio de un viaje sin destino cierto.